

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

DETALLE GUARDADO

Nada cambia. Todo sigue igual. Simplemente envejecemos.

Saludó a su familia, y salió con prisa. Caminó veloz y tomó el colectivo. Pidió un boleto de noventa centavos, y se encaminó a su asiento. Tomó asiento.

Enganchó el boleto en el respaldo del asiento delantero, y se dispuso a mirar el paisaje.

- Andrés? – le preguntó una voz femenina, proveniente del asiento trasero. Enseguida se dio vuelta.

Y allí se encontró con el rostro de aquella mujer, su viejo gran amor.

- Cecilia? – replicó el hombre de 36 años.

- Sí. – afirmó la mujer de 34.

Se habían conocido hacía doce años, y separado hacía seis.

Se habían conocido por medio de una pareja amiga, y se separaron por una tercera en discordia.

Lo cierto que la relación entre Andrés y Cecilia había sido una gran relación, la más recordada por ambos, la más constructiva de sus vidas, la más apasionada. Obviamente la separación.

Después que Andrés se mantuviera algo alejado por ciertos desacuerdos con la chica, terminó por conocer y mantener relaciones paralelas con otra muchacha con la que jamás llegó a nada en concreto.

- La seguís viendo...? – se atrevió a preguntar Cecilia, sentada frente a Andrés, en un bar, dos días después de aquel encuentro en el colectivo.

- Nooo!!! – respondió el hombre. – Terminó siendo un problema. Era loca, inmadura...

- Todo lo que andabas buscando. No podías adaptarte a una chica tranquila como yo. – atacó ella, con una bella sonrisa, cargada de superación, suavizada por cierta nostalgia, quizás dolor.

Pero Andrés no pudo unirse a la ironía, y se detuvo con un gesto de tristeza.

- Sabés qué?... Nunca me lo perdoné...

Cuando Andrés había perdido a Cecilia y abandonado a su nueva chica, en una de esas tantas noches de arrepentimiento y duelo, halló en su placard una extraña bolsa.

La sacó, la revisó y recordó: hojas de carpeta, cuadernos, y fotos del colegio primario de su ex-novia. Todo esto había ido a parar a su casa una noche junto con ella, para ambos vivir una velada de memoria en el pasado de la chica.

Cuando Andrés completó la revisión, se despidió de la bolsa de los recuerdos con un beso a la foto de Cecilia en el Jardín De Infantes.

- Soy un idiota...

- Te llegó la bolsa con tus cosas del colegio? – le preguntó Andrés a su vieja novia, ambos recostados en la cama del albergue transitorio, dos semanas después del encuentro en el colectivo.

- Sí. Me las dio mi mamá... - respondió Cecilia, desnuda, pitando del cigarrillo de su hombre.

- Esa fue la última vez que pasé por tu casa... Después me dediqué a esperarte... es gracioso, pero llegué a contar los días. Cuando perdí la cuenta, no tuve otra más que darme cuenta que ya se había acabado para siempre.

- Cualquier momento mágico siempre iba a ser interrumpido por la cara de ella. – culminó la mujer.

Se detuvo frente a la novedosa pareja, y estuvo dispuesta a trompearlos. Aquellas ganas de descargar violencia fueron en Cecilia algo así como su primer viaje por el universo de las emociones frenéticas.

- Por qué?... – se limitó a preguntarle, conteniendo el ítem principal del fin de toda relación: el llanto con el que contuvo su propia violencia.

Andrés, que estaba tomado de la cintura de la chica con la que había errado por caminos paralelos a su relación de años, no supo qué responder.

- Por qué?... – insistió Cecilia, con su ira en creciente.

- Porque soy lo mejor que le puede pasar en la vida. – concluyó la chica nueva.

Y Cecilia salió corriendo. O no,... se fue caminando. O bien, se alejó a rastras. Mejor dicho, desapareció.

- Por qué nunca te atreviste a llamarme? - dijo ella.

- Porque nunca me voy a perdonar lo me hice a mí mismo. – en referencia a su orgullo enterrado en la decisión que ella tomara.

Era una tarde de lluvia, en un bar, dos meses después del encuentro en el colectivo.

- Quiero que se acabe. – se atrevió a decir Cecilia.

- Yo también. – se atrevió a agregar él.

- No nos estamos haciendo bien.

- Tenés razón. Indagamos muchas cosas que tendríamos que tener olvidadas. Nunca va a resultar... tengo una esposa y un hijo.

Ella alzó la mirada y la concentró en los ojos de Andrés. El sorpresivo detalle guardado la había golpeado nuevamente.

De todas formas, ya estaba todo dicho.

- Con más razón. – agregó ella. – Este es nuestro final... - aquel que no habían podido darse años antes.

El pasado se había mantenido muerto y congelado, tan igual como siempre. Y como siempre, no hay futuro que lo resucite. El intentarlo de alguna forma los dejó en paz.

Minutos después se pusieron de pie. Se besaron en las mejillas como para volver a la normalidad. Y cada uno tomó su correspondiente colectivo.

Descendió y pisó el cordón de la vereda.

Caminó bajo toldos y balcones, esquivando la lluvia, y por fin llegó a su casa.

Cuando Cecilia entró, se encontró con que su hija ya había vuelto del colegio.

La saludó con un beso en la cabeza.

El aroma de los cabellos húmedos de Camila le recordaron a los de Andrés.

Cuando se distrajo haciendo algo de la casa, sintió la paz que si ciertos detalles se guardan con orgullo, debe ser para toda la vida.

FIN